

CATARINEU

Los forzados



RICARDO J. CATARINEU

LOS FORZADOS

(POESÍAS)



MADRID
IMPRESA DE FORTANET
CALLE DE LA LIBERTAD, 29

—
1899

ÍNDICE

	Págs.
Para los pobres.....	7
La verja.....	19
Himeneo.....	25
Los soldados.....	33
Nidos y tronos.....	37
La florista.....	41
Á Joaquín Dicenta.....	49
Aberración.....	51
El Ángel Caído.....	53
Marina.....	57
Judas.....	61
Kasida.....	63
El ambiente.....	65
La cruz de piedra.....	67
El dolor.....	71

DEDICATORIA

Sr. D. Ricardo Blasco.

Querido tocayo: Débole agradecimiento perpetuo por haber sido mi intercesor con nuestro ilustre director el señor Vizconde de los Asilos, del cual puede asegurarse que, fiel á la tradición de su apellido, si todos los ricos fueran como él, no habría pobres.

Gracias á él y á usted, no canto en estas coplas mis propias fatigas, sino la simpatía y compasión que me inspiran el desamparo é inmerecida desventura de los demás.

Son instantáneas recogidas del arroyo, en los escasos ocios que diversas ocupaciones y preocupaciones me permitieron.

No responden estas composiciones á ningun-

na idea política; y aun, si tienen cierta tendencia social que las enlace, más se debe á la casualidad de recibir impresiones repetidas que á premeditado propósito mio.

Van mis versos á las manos generosas de usted. Ruégole que, por desmedrados que aparezcan, los acoja con su bondad acostumbrada.

Usted sabe que podría darme por satisfecho si la fortuna de estas coplas correspondiera á la sinceridad con que fueron escritas y á la buena voluntad con que las reuno para enviárselas.

R. J. C.

EN VEZ DE PRÓLOGO

PARA LOS POBRES

(DE VÍCTOR HUGO)

Á vosotros, los ricos, los felices,
en vuestros festivales del invierno,
cuando el baile os agita y os embriaga,
y véis en torno mármoles y espejos,
grandes arañas de brillantes luces
y rostros animados y risueños,
¿no se os ocurre meditar á veces
que algún mendigo, pálido y hambriento,
á través del balcón, en el arroyo,
párase á ver los festivales vuestros
y á contemplar vuestras radiantes sombras
el dorado salón embelleciendo?

Pensad en ese padre sin trabajo,
y por la nieve y por la escarcha envuelto.
Habla en voz baja. Oidle cual murmura:
«¡Para uno nada más, cuánto dinero!
¡Cuántos amigos! ¡Cómo les divierte!
¡Es feliz! ¡Ve á sus hijos sonriendo!
¡Sólo con los juguetes que les sobran,
nos sobraría el pan para los nuestros!»

Después compara vuestra alegre fiesta
con su mezquino hogar, siempre sin fuego;
con sus niños, muriéndose de hambre;
con la madre, tendida sobre el suelo
en un jergón de paja, y con la abuela,
rígida por el aire del invierno,
que la ha dejado ya bastante helada
para entrar en el reino de los muertos.

Dios esos grados puso en la fortuna.
Unos se encorvan, del dolor al peso,
y otros van al banquete de la dicha,
donde los convidados son los menos.
Una ley, que aparece injusta y torpe,
ya ¡*Gozad!*, ya ¡*Envidiad!*, pasa diciendo,

y en el alma del pobre fermentando
va esta idea sombría en el silencio.
¡Ricos, por el placer adormecidos!
¡Que no sea ese amargo pensamiento
el que llegue á arrancar de vuestras manos
todos los bienes que gozáis superfluos!
Sea la Caridad, amor del pobre
y madre cariñosa para aquellos
que tuvieron la suerte por madrastra,
la que ayude y levante á los pequeños,
la que se entregue y sacrifique entera
y, del Dios mártir con el santo ejemplo,
á los que lloran y padecen diga:
«¡Tomad! ¡Esta es mi sangre; este es mi cuerpo!»

Sea la Caridad la que arrebate
ricos juguetes y bordados velos,
blondas, diamantes, perlas y zafiros,
sortijas y collares y aderezos,
para ganar el cielo á vuestras almas,
para llevar al infeliz consuelo,
del pecho á vuestras dulces compañeras
y á vuestros tiernos niños de los dedos.

De la oración es la limosna hermana;
dad la limosna y la oración á un tiempo.
Cuando el viejo mendigo, de rodillas
en el umbral de vuestro hogar cayendo,
implora en vano que le deis socorro,
transido por el frío del invierno;
cuando, impasibles, á los niños pobres
miráis en vuestra puerta recogiendo
las migajas que os sobran de la orgía,
¡Dios aparta sus ojos de los vuestros!

¡Dad! Dios entonces os dará á vosotros
hijas hermosas y varones recios,
su dulce fruto os rendirán las viñas,
el trigo llenará vuestros graneros,
seréis mejores y vendrán los ángeles
á pasar por la noche en vuestro sueño.

¡Dad! Y al tener que abandonar la tierra,
por la limosna alcanzaréis el premio.
¡Dad!, y todos dirán: «¡Compadecía!»;
y los pobres, que gimen en silencio
ante vuestros espléndidos festines,
acabarán por envidiaros menos.

¡Dad! Os amará el Dios que se hizo hombre,
hasta los malos os tendrán respeto,
veréis tranquilo vuestro hogar y todos
os buscarán con fraternal apego,
y al llegar vuestra hora postrimera
vuestros pecados os serán absueltos
¡por generosa intercesión de un pobre,
á quien otorgue su favor el cielo!

LOS FORZADOS

(POESÍAS)

LA VERJA

Cinco son. Cuatro duermen
y el otro vela,
y están los cinco en fila
junto á la verja,
puerta lujosa
del jardín que al palacio
cerca y adorna.

Sobre la verja tienden
con mano fría
las sombras de la noche
negra cortina,
que no traspasa
ni la luna, que juega
por las murallas.

De la verja á la esquina
duerme una vieja,
que allí también hay lechos
de preferencia.

Sueña en voz alta.

«¡Correspondencia! ¡Heraldol!»
dice la anciana.

Ronca á su lado un chulo
que en otros tiempos
hacía colecciones
con los pañuelos,
y hoy no las hace,
porque un amigo guardia
quedó cesante.

Sigue un viejo, que vive
de su *trabajo*,
y, aunque es cojo unas veces
y otras es manco,
pasa fatigas,
porque ambas profesiones
están perdidas.

Y después, en la sombra,

juntos, muy juntos,
cual si les pareciera
que nunca es mucho,
siguen dos golfos.
Ella duerme. Él en ella
clava los ojos.

A ella le caen las greñas
sobre la cara,
como sobre el vestido
le caen las manchas,
¡y aun será un ángel
si se quita el defecto
de no lavarse!

Él, pasándole el brazo
por la cintura,
como la madre al niño
cuando le arrulla,
la está mirando
tímido, silencioso
y embelesado.

De su boca no salen
dulces palabras,

mas de sus ojos brotan
y de su alma
tantos amores
¡que ella tendrá que oírlos,
por más que ronque!

Juntas duermen las rosas
en los rosales,
juntas duermen las fieras,
juntas las aves;

la noche viene,
y en los rincones, juntos
los golfos duermen...

No le dice él las cosas,
pero las piensa,
y ella las oye, como
si él las dijera.

Risueña duerme,
y él no alienta, por miedo
de que despierte.



Pero abrid esa verja
que da al palacio,
y á la alcoba lujosa
guiad los pasos.

En blando lecho
duerme la dama; un rico
le guarda el sueño.

Y él no dice las cosas,
pero las piensa,
y ella las oye como
si él las dijera.

¡Música suave,
que en los palacios suena
como en la calle!...

¡Oh, amor, que á los palacios
borrascas llevas
y tálamos nupciales
á las aceras!

¡Oh, amor, testigo
del placer de los pobres
y de los ricos!

Una, del rico en brazos,

duerme dichosa,
y en brazos del pilluelo
duerme la otra.

¡Deja que sueñen!
Y si sueñan mentiras...
¡que no despierten!

HIMENEO

I.

Poleas de estirados correaes;
ruedas de complicados engranajes;
planchas que giran; golpes de martillos;
del humo, bajo el techo, los encajes;
roncas voces y rostros amarillos...

Con sus hornos lucientes, como hogueras
de resplandor eterno,
y su tragín de hierros y calderas,
la fábrica es la imagen del infierno.

Parece allí que se oye cómo grita
el mundo de los réprobos cautivo,
mientras la llama sin cesar se agita
en contorsiones de furor lascivo.

Y el que sale de aquella gran balumba
de sombras negras y de espectros rojos,
como si se escapara de una tumba
pasándose las manos por los ojos,
después ve el humo en raudo movimiento
abrazarse á los altos campanarios,
romper sus olas en el mar del viento,
volar hacia el azul del firmamento
y perderse en los cielos solitarios.



Al lado de la fábrica paraba
el clarens elegante, y un obrero:
—Es el coche del amo—murmuraba
mientras al portalón se dirigía.
—¿Qué vienes á buscar?—dijo al cochero,
y éste repuso:—Busco á Juan García.—

Cuando corrió la voz por los talleres
interrumpieron todos sus quehaceres,
se hicieron comentarios á porfía...
¡Fué tan grande el rumor, que parecía
una conversación de dos mujeres!

Y silencioso y sin mostrar sorpresa,
el martillo soltando de la mano,
Juan García se irguió con ceño adusto...

Lleva la blusa azul, la barba espesa
y más sucia la cara que un pantano.
¡Un andrajoso mocetón robusto,
con ademán de emperador Romano!

Mientras todos le miran con recelo,
de un salto al coche pasa,
entra en él como Pedro por su casa,
cae sobre un almohadón, y exclama:—¡Al vuelo!

Se aleja el coche sin perder instante,
y aflojando las riendas
va el auriga pensando en el pescante:
—¡Que el dueño de una fábrica importante
señor de vidas y señor de haciendas,
mande el coche á buscar á este borrico,
bien está, pero yo no me lo explico!
¡Con los pobres, los ricos son muy buenos...
cuando les hacen falta, por lo menos!

II.

Abrió y entró... La alcoba, iluminada.
Todo rico, lujoso y pintoresco.
Sobre tallado velador chinesco
pequeño embudo de cristal lucía;
y en el lecho postrada
á anémica mujer se distinguía,
con los brazos y el pecho
más blancos que las sábanas del lecho,
y más pálido el rostro todavía.
Al lado de la cama,
resuelto el ademán, la faz severa,
el doctor escuchaba de la dama
el débil suspirar. ¡Voz lastimera
la de aquella mujer, cuando gemía!
¿Qué le faltaba para ser hermosa?
¡En los ojos un rayo de alegría
y en las mejillas un matiz de rosa!

El padre de ella, sin querer, temblaba,
y los brazos tendiendo á Juan García:
—Gracias—le dijo, y silencioso luego,
con febril impaciencia contemplaba
cómo el rostro de Juan transparentaba
una sangre tan roja como el fuego.

La lámpara, del techo suspendida,
bañaba aquel rincón de la fortuna
con luz no interrumpida,
hermosa y triste como luz de luna...

Después de meditar breves momentos,
el Galeno sacó de la cartera
su terrible riqueza de instrumentos,
capaces de poner miedo á cualquiera,
desplegando ese trágico aparato
que pregonaba una gran carnicería
y queda convertido al poco rato
en leve operación de cirugía.

Luego con ademán resuelto y fiero,
llevando el velador junto á la cama,
puso el brazo de nieve de la dama
sobre el brazo de hierro del obrero;

ató el de Juan con fuerte ligadura;
saltó la sangre en las hinchadas venas
y á otras venas siguió con derecho,
más pálidas que vetas de azucenas,
uniéndose la fuerza y la hermosura
con un tubo de goma por cadenas.

La mujer, cada vez más desmayada,
en silencio al obrero sonreía,
y el obrero, triunfante la mirada,
con llamas de sus ojos la envolvía.
Ella, más suave y débil que las flores;
él, venciendo á un león en valentía;
flotar en el ambiente parecía
inmarcesible claridad de amores,
que en comunión suprema les unia;
y entre ellos el doctor, la inteligencia,
augusto sacerdote de la ciencia,
del lecho ante el altar, les bendecía...

III.

Al poderoso respondió el obrero:

—¿Lo que quiero preguntas? ¡Nada quiero!

¡He hecho una buena obra,

mas no me lo agradezcas, pues me sobra

á mí la sangre como á ti el dinero!—

Y después, su mirada ardiente y viva
añadir parecía de esta suerte:

—¡Dejad que desfallezcan los de arriba,

que abajo hay sangre generosa y fuerte!—

LOS SOLDADOS

(A Pepe Ampuero.)

I.

¡Vuelven! Los ojos sin color ni brillo,
el paso torpe, fatigado el pecho.

¡Sombras macabras, carne de desecho,
esqueletos vistiendo el rayadillo!

Del estandarte rojo y amarillo,
que la razón protege y el derecho,
de la honra de la patria ¿qué habéis hecho?
¡Cayó el león, se derrumbó el castillo!...

Y ellos responden: «Somos inocentes.
—¡Comed hierbas con sal, y sed valientes!
Tal orden se nos dió; fué satisfecha.

No es culpa nuestra regresar sin gloria,
si estaba por la izquierda la victoria
y nos mandaron ir por la derecha».

II.

Los que os vieron partir de los hogares
jamás olvidarán vuestra partida,
de vuestras madres la tremenda herida,
vuestras novias rezando en los altares.

Despreciábais la guerra y sus azares
¡oh, juventud gallarda y desprendida!
y sellábais la triste despedida
pidiendo á la guitarra los cantares.

Cuando volvéis enfermos y explotados,
os recuerdan valientes y sufridos
los que os vieron partir, pobres soldados.

Los culpables no sois. ¡Sed bien venidos!
No os entregásteis, fuísteis entregados.
Sin que os vencieran, os halláis vencidos.

III.

Volved al campo, en que os espera ansiosa
la amante madre, de llorar cansada.

Ya vuestro padre apercibió la azada,
con que labréis la tierra generosa.

Allí, de ensueños de color de rosa
Dios llene sin cesar vuestra jornada,
viendo la herida nacional curada
con santa paz y libertad hermosa...

¡Aleccionados váis por la experiencia!
Os han envenenado la existencia;
llanto de hiel vuestras mejillas baña.

¡Malditos de la patria y de la historia
los que os hicieron sucumbir sin gloria,
los Baratieri y los Bazaine de España!

NIDOS Y TRONOS

(A Arturo Reyes.)

Juan de Luna era amigo del Rey. Un día,
cuando una noche triste como ninguna
sobre los campos verdes negra caía,
con la regia mirada severa y fría,
habló el Rey de esta suerte con Juan de Luna:
—Juan, no te da la vida ningún encanto;
no tienes otro amigo que yo; tu choza,
con su eterno silencio, llama al espanto.
¿Cómo sufrir se puede y aislarse tanto,
en un mundo que ríe, se agita y goza?
¿Que una mujer tu vida siembra de flores
en el retiro obscuro que has elegido?
Un nido es vuestra humilde choza de amores.

¡Venid! ¡Yo os daré gloria, poder, honores!

¿Y quién, por un palacio, no deja un nido?

Juan respondió:—Te engañas. Mi vida es bella.

Una mujer me adora. Yo vivo en ella;
mis nieblas se disipan con sus reflejos,
y es ¡oh, rey! nuestra choza como una estrella,
que tan sólo es mezquina vista de lejos.

Pues en las soledades de mi abandono
encuentro á todas horas amor profundo,
¡con la mujer querida, nada ambiciono!
Si unas leguas de tierra forman un trono,
de una mujer y un hombre se formó un mundo.
Un mundo es nuestra choza, y en ella unidos,
van nuestros corazones por los espacios
de los sueños azules desconocidos.
¡Si se desprecian nidos en los palacios,
se desprecian palacios desde los nidos!

Nuestra choza es un mundo; se alza severa
en la cumbre del monte, del bosque en medio;
la alegra con sus cantos mi compañera,
y, á las blancas paredes poniendo asedio,
trepa hasta la ventana la enredadera...

Cuando del sol los rayos matutinales
á la ventana llegan, truécase en oro
el mundo á que dan vida mis ideales,
y si pasa la luna por los cristales,
sus reflejos de plata son mi tesoro.

Entre tanto, en la calle la turba crece,
y un *¡viva el rey!* sonoro levanta el vuelo.
Viendo la turba armada, que resplandece,
á Juan el rey pregunta:—¿Qué te parece?—
Y Juan responde:—¡Estaba mirando al cielo!—

¡Bosque, casita blanca y enredadera!
El que ha aprendido á amaros, todo lo esquivo.
¡Quién en vuestro misterio vivir pudiera!..
¡Desde un trono se baja por la escalera!
¡Desde un nido se sale siempre hacia arriba!

LA FLORISTA

I.

Vedla. El tímido andar de las doncellas.
En la cara, las rosas del verano.
En los ojos, la luz de las estrellas.
Una cesta de flores en la mano.

Todo en ella es milagro de hermosura;
el pecho, las caderas, la cintura,
el oro que matiza los cabellos,
y sus ojos tan llenos de ternura
que en Dios se mira el que se mira en ellos.

No hay orgullosa dama á quien no venza
la primavera de sus labios rojos,
ni pollo que no diga al ver sus ojos
alguna flor ó alguna desvergüenza.

Y así va por las calles Margarita
pregonando con tono zalamero:

--¡Un ramo de violetas, señorital...

--¡Un clavel encarnado, caballero!

Pues bien, yo os puedo asegurar, lectores,
que, siendo de los ángeles mejores,
sufrió del hambre el torcedor profundo...

¡Hay días en el mundo
en que no está la gente para flores!

II.

Para esconderse de la vida amarga,
por retiro ha buscado una calleja,
que por lo estrecha y angulosa y larga
tiene algo de la cara de una vieja.

Y allí, alejada de la tierra, habita
la hermosa Margarita
un cuarto, que sería el entresuelo
si empezara á contarse desde el cielo;
donde parte su amor, huérfana y sola,

entre un lecho, unas sillas de madera
y una Virgen de cera
que tiene por altar una consola.

Sólo turban la paz de aquel retiro
el pájaro que va con raudó giro
en Margarita á contemplar su hermana,
ó el gomoso, que, dando un gran suspiro,
mira desde la calle á la ventana.

Es Margarita un pájaro travieso
que no tiene familia conocida
y que es honrada porque goza en eso;
y sólo ya de la niñez perdida
recuerda la impresión, como un gran peso,
de una mujer querida, muy querida,
que en una noche, triste con exceso,
la abrazó, le dió un beso,
dijo *sé buena*, y se quedó dormida.

¡Bien lo recuerda cuando cae de hinojos,
ensimismada y sola,
ante la Virgen, quieta en la consola,
y el llanto viene á refrescar sus ojos!

Entonces, con las flores más hermosas,

más blancas y olorosas,
abierta ya de par en par el alma,
pone á la Virgen, que la mira en calma,
nimbo y dosel de perfumadas rosas.

Coge las otras flores en seguida,
en el cesto las echa con cuidado
y con ellas emprende la partida,
que habrán de darle el pan para la vida
como el perfume virginal le han dado.

III.

En una de esas largas noches frías
en que es el aire un látigo de hielo,
Margarita, con hambre de tres días,
esperando el maná, miraba al cielo.

Y en vano iba ofreciendo las mejores
flores con que adornó su canastillo...
Cuando el frío nos manda sus rigores,
prefiere todo el mundo andar sin flores
á sacar una mano del bolsillo.

¡Ay, triste Margarita,
que en vano con su oferta una demanda,
que es casi una limosna, solicita!
¡Nadie escucha su cuita,
y crece el hambre y el terror se agranda,
y aun bendice, á través de sus querellas,
al rico que levanta las paredes
para que el pobre á quien negó mercedes
tenga el consuelo de apoyarse en ellas!

Así desde la calle ve en ayunas,
abriendo mucho los azules ojos,
lleno el café de grupos bullangueros;
grandes espejos de brillantes lunas,
techos pintados y divanes rojos
y estatuas que sostienen los mecheros.

¡Si ella en aquel salón entrar pudiera,
que tiene algo de infierno y de palacio,
y que sólo la viera
el que sus flores á comprar viniera,
deslizándose suave, muy despacio,
y sin andar, sin respirar siquiera!...

Ya con mano insegura

va á descorrer la roja colgadura,
cuando dice á su oído un majadero:
—¡Otras flores de ti son las que quiero!—
Y oye el ultraje Margarita en calma,
pues sabe ya, venciendo á los sentidos,
hacer que no oiga el alma
mil cosas que escucharon los oídos.

Bien sé que á muchos causará extrañeza
que pueda tener nunca hambre canina
una mujer de angelical belleza.
¡Pero aun tuvo más hambre que tristeza,
y pasó el Rubicón de una cortina!

Y vió después, como se ven de lejos
las casas de una aldea en la montaña,
en confusión extraña,
luces, matices, mármoles, espejos.

La juventud allí no disimula,
y mezcla la blasfemia con la gula,
y en el placer triunfante le acompaña
la bandada de hermosas meretrices,
desgraciadas con cara de felices,
que en el café cotizan los amores,

llevando á las alegres saturnales
carne de espumas, trajes de colores
y risas como choque de cristales...

Quiso hablar Margarita, y quiso en vano.
Ya iba á tender la suplicante mano,
cuando vino un gallego corpulento
de blanco mandilón y frac grasiento,
que la miró un instante,
después refunfuñó no sé qué cosa,
puso luego en el hombro de la hermosa
su mano como trompa de elefante,
y dijo en voz resuelta y cavernosa,
al darle un empujón:—*Echa pa adelante.*—

Ya trémula á partir se apercibía
cuando un imbécil inició el siseo..
¡Un instante de zambra y de jaleo!
¡Se coreaba! ¿A quién? ¡No se sabía!

Perdiendo Margarita la costumbre
de verter por los ojos ambrosía,
sintió un instante que le echaban lumbre.
¡Oh! ¡Si tuviera aquella muchedumbre
una sola garganta, la ahogaría!

Trémula de dolor y de sorpresa,
de un orgullo brutal sufrió el estrago;
cerró los ojos, se sentó á una mesa,
pidió la carta y escuchó un halago...

IV.

Del amplio cielo en el azul remoto
la luna tras las nubes se ocultaba;
por un cristal de la ventana roto
silbando el viento en el desván entraba.

Sólo de tarde en tarde interrumpía
el lóbrego silencio de la noche
el ligero rumor con que algún coche
en la calle á lo lejos se perdía.

Silbando el viento sin cesar seguía
del tugurio en las sombras enlutadas,
y de la Virgen á los pies tendía
una alfombra de flores deshojadas!

Á JOAQUÍN DICENTA

(A propósito de *Juan José.*)

Ya venciste, Joaquín. Yo te saludo.
¿Quién no se ufana al estrechar tu mano?...
¡Fuerte poder del Arte Soberano,
que rompe las protestas en su escudo!

¿Dónde buscaste de tu drama el nudo?
¡En la prosa del suelto cotidiano,
profundo idilio con lenguaje llano,
alma sensible bajo cuerpo rudo!

Los diarios lo traen cada mañana:
«Ayer Fulano, que robó un pañuelo...»
«Ayer Fulano, que mató á Fulana...»

En cada hogar, un drama y un anhelo;
en cada pecho, una pasión tirana...
¡Y el Arte pasa, y los recoge al vuelo!

ABERRACIÓN

Hacia él la muerte venía.

Los suyos le rodeaban
con respeto y con amor.

¡Y el buen Crisipo reía!

¡Reía, mientras lloraban
todos á su alrededor!

¿Cómo no sentirá espanto,
si todo en torno le advierte
que presto va á sucumbir,
y cómo, sabiendo tanto,
no ha aprendido que la muerte
no es la hora de reir?...

Y la vida se agotaba,
y cada vez más aprisa

le iba la muerte á alcanzar,
y el filósofo exclamaba:
—¡Si viérais! ¡Me da una risa!
¡No lo puedo remediar!—

Y, cual si la muerte fuera
para un sabio poco ó nada,
riéndose agonizó.

¡Reía de tal manera
que su última carcajada
en la eternidad sonó!...

¡Desgraciada patria mía,
impasible tras la lucha,
cisne cantando al morir!
¡En las calles, qué alegrías
¡Y aun parece que se escucha
al filósofo reír!

¡Y hay quien sueña en que aparezca
á remediar tus dolores.
—¡sarcasmo de tu dolor!—
turba de esclavos, que ofrezca
una corona de flores
á un tirano vencedor!

EL ÁNGEL CAÍDO

La tarde era de Junio: María, cariñosa,
su manecita, leve como una mariposa,
sobre mi brazo firme temblando colocó;
hablando en el silencio discursos de miradas,
andábamos errantes por calles apartadas,
y al fin hacia el Retiro la suerte nos guió.

María es una loca con dejos inocentes;
más negros que el basalto sus ojos transparentes;
más rubios sus cabellos que el sol primaveral;
dos pájaros semejan sus pies cuando los mueve,
y un cuerpo de luz, rosas y terciopelo y nieve
se oculta en el sencillo vestido de percal.

Cruzamos arboledas en revoltoso giro,
saciándonos del aire de aromas del Retiro;

con hojarasca y polvo su pie jugueteó;
á veces, á hurtadillas, entre risueña y loca,
su beso, acero hirviente, clavándome en la boca,
del alma en lo profundo su beso resonó.

Del fiero Angel Caído llegamos al paraje;
prestándonos un álamo su verde cortinaje,
miramos de los coches la interminable red;
ocultas en la sombra, las manos se buscaban;
las vueltas y revueltas de coches mareaban;
mirábamos ansiosos, mirábamos con sed.

Yo estaba pensativo, cuando ella, con acento
tan dulce y cadencioso como rumor de viento,
me dijo en voz muy baja:—¿Por qué nos hizo Dios
tan pobres, y á la vista nos pone tal derroche
de lujo y de grandeza?... ¡Nosotros en un coche!...
¡Qué buena parejita seríamos los dos!

¿No ves? En los caballos el lujo se retrata;
¡Cuál lucen sus hebillas magníficas de plata,
que hieren nuestro ojos con rayo sideral!...
¿No ves esas mujeres? ¡Qué joyas y qué flores!
¡Qué brillo, qué elegancia, qué sedas de colores!...
¡Y yo, que sólo tengo mi traje de percall—

Entonces yo repuse:—Mi celestial María,
¿no adviertes de aquel joven la gran melancolía?
¡Aquél! Es un poeta que adora á una mujer.
Obsérvale. Su vaga mirada soñadora
se para en el carruaje de la mujer que adora.
Es rica; él, un bohemio... ¡Ya ves! ¡No puede ser!—

María la mirada lanzó sobre el poeta;
yo vi una perla en forma de lágrima indiscreta;
sus ojos se impregnaron de dulce compasión,
y se inclinó en mi hombro, diciéndome al oído:
—¿Qué vale esa riqueza, si se compara al nido
en que los dos formamos un solo corazón?—

—

María: aquellos tiempos rodaron al olvido,
y aún, al mirar la estatua del fiero Angel Caído,
recuerdo mi amor loco, tu loca juventud.
Aún en su estatua el Angel sin esperanza gime,
y de su rabia el gesto, por lo brutal sublime,
extática contempla la errante multitud...

—

MARINA

Apurando la copa de aguardiente
y la pipa encendida requiriendo,
al marinero joven lentamente
el viejo pescador iba diciendo:

—¡ Oh, qué feroz desilusión la mía!
Como hoy el peso de la edad me abruma,
ya no puedo partir, como solía,
á luchar con el mar y con la bruma;
que la noche los músculos me enfría,
me rinden el mareo y el reuma,
y mi mente en la nada se extravía.
Y el mar ejerce una atracción sublime
sobre mi pobre espíritu abatido;
que en mi memoria sin cesar se imprime

el tiempo que en las olas he vivido.
El mar fué mi constante compañero;
con él luchando valerosamente,
pasé las horas de mi amor primero,
mi alegre infancia, mi existencia ardiente.
Sé que el mar es traidor, pero le quiero
como yo sé querer, ¡inmensamente!...
Hoy, cuando ya la tarde se refresca,
entro en mi vieja lancha, empuño el remo,
ni al huracán ni al oleaje temo,
y aguardo los azares de la pesca.
Mas mi entusiasmo noble é inaudito
resulta solamente un sueño vano...
¡Ya me faltan las fuerzas! ¡Necesito
que me lleven cogido de la mano!
¡Y no quiero cejar! Terco en mi intento,
lucharé sin reposo y sin medida;
si la furia del mar deja vencida
al ansia que renueva mi ardimiento,
¡entre las olas moriré contento,
porque no siento abandonar la vida!
¡Abandonar el mar es lo que siento!—



Después, rumiando ideas tan traidoras,
en la playa se puso de atalaya;
regresaban las barcas pescadoras,
y las vió regresar hasta la playa.

Y mientras las miraba tristemente,
pero con entusiasmo y con hechizo,
¡resbalaba una lágrima candente
por la mejilla de color cobrizo!

JUDAS

Labios en que Dios puso la caricia
fueron usados para hacer traiciones,
y, cediendo al gemir de las pasiones,
sellaron con su beso la injusticia.

La turba humana, á la ruindad propicia,
siguió del Mal Apóstol las lecciones,
y aun hoy, después de tantas convulsiones,
es pasto la virtud de la avaricia.

Después de dos mil años de progreso,
aun se esconde la muerte bajo un beso
y triunfa el interés de la inocencia;

y son, en esta atmósfera que ahoga,
árbol la vida, la codicia sogá,
Judas el hombre y Cristo la conciencia.

KASIDA

(A Manuel Paso.)

—Soy Ahmet el moro; voy por el desierto
triste y olvidado, sin tener siquiera
ni en el suelo tumba donde caiga muerto,
ni una humilde choza, ni una compañera.

Tuve en otros tiempos palacios y bienes,
kandjares de perlas, telas de Damasco,
miles de odaliscas en cientos de harenes...
Y hoy ¡ni una cabaña puesta en un peñasco!

Tú, mi único amigo, mi noble camello,
¡déjame que ciña mi brazo á tu cuello!
Yo no he de venderte por ningún tesoro;
ven, camello mío, con Ahmet el moro.—

—¡Hermosa cristiana, que Alah te proteja!
¿Tú por el desierto, triste y solitaria?
¡Parecen tus bucles dorada madeja
y cantan tus ojos amante plegaria!...

¿Puede en el desierto seguir caminando
la que en sí confunde lo alegre y lo bello?
¡No, cristiana mía, tú no has de ir andando,
mientras quede un moro que tenga un camello!

A ti, tan hermosa como las huríes
yo te lo regalo: ten, no desconfíes.
No es cortés ofrenda, ni promesa vana;
toma mi camello. ¡Llévalo, cristiana!

Si era el noble bruto mi único tesoro,
sea desde ahora de mi amor el sello.—

Y después llorando, dijo Ahmet el moro:
—¡Cuídalo, cristiana! ¡Cuídame el camello!—

EL AMBIENTE

I.

¡Vendrá! ¿No ha de venir? ¡Y bien venida!
¡Tirásteis de la cuerda demasiado!
Los menos á los más han amargado
el licor generoso de la vida.

Trueca en palacio el tigre su guarida,
busca olvido en la sombra el pecho honrado,
y al que es por las corrientes arrastrado
nadie la mano de tenderle cuida.

El mal recibe al bien con ceño adusto,
es tonto el bueno, soñador el justo,
tiembla la fe, profánanse las artes,
delira el fuerte, ruge el oprimido.
¡Qué vergüenza! ¡Qué horror! Huele á podrido;
no en Dinamarca, sino en todas partes.

II.

¡Vendrá! ¡No ha de venir! ¡Feliz momento!..
Mas no á los hombres convirtiendo en fieras,
ni de sangre manchando las aceras,
ni ultrajando á la paz del firmamento.

Renegará del látigo sangriento
de las revoluciones pasajeras.
¡Le bastarán, para venir de veras,
la fuerza y la razón y el pensamiento!

Protesta universal de los de abajo,
hará que á los amigos del trabajo
perdón implore quien su amor repele,
mientras las almas nobles con firmeza
dirán:—¡No al corazón! ¡No á la cabeza!
¡Al capital, que es donde más les duele!—

LA CRUZ DE PIEDRA

Sucede alguna vez que en mis paseos
suelo llegar hasta la cruz de piedra,
que ostenta ya por únicos trofeos
los verdes recamados de la yedra.

Bajo tupido pabellón de ramas,
sobre alfombra de flores
y dominando vastos panoramas
tiende la cruz los brazos redentores.

¿Quién dormirá bajo esa tierra fría,
donde ni el sol canicular penetra?
En vano busca la mirada mía;
no halla un nombre, un recuerdo, ni una letra.

Yo sé que en cada cruz de los caminos
hay oculta una historia

de crímenes ó amores peregrinos,
que sueña y reconstruye mi memoria.

¡Acertaré los sueños é ideales,
que ya bajo esa cruz descansan quietos?
El tiempo borró todas las señales;
que todos los delirios terrenales
viven al sino de morir sujetos.
Quien quiera huir de la mundana guerra,
confíe los secretos á la tierra
¡única guardadora de secretos!



Tal vez, bajo esos árboles sombríos,
en silencio el ladrón á un hombre honrado
aguardó despiadado
y, del puñal bajo los golpes fríos,
besó el noble las plantas del malvado.
O quizá una venganza de cobarde
la mano armó del pérfido asesino,
cuando, al morir de la tranquila tarde,
cruzaba en paz la víctima el camino.

O acaso dos amantes sin ventura
buscaron juntos al morir la suerte
de unirse en una misma sepultura
á compartir las dichas de la muerte.
O tal vez en el campo de batalla
un héroe sucumbió desconocido,
cayendo, como carne de metralla,
en la muerte, en la noche, en el olvido.



¡Quién sabe! ¿Quién descifrá la historia
que en esa cruz de piedra, solitaria,
la injusticia ó las penas ó la gloria
defiende de la anónima plegaria?

Yo tengo amor para esa cruz severa,
aunque su drama oculto á nadie diga.

¡Sea el drama cualquiera!...

¡Sabe guardar secretos, y es mi amiga!

Discreto á su silencio me acomodo,
porque ya sé que hay trances en que el hombre
toma horror á la vida de tal modo

que sólo sueña con morir del todo,
que no quisiera ni dejar su nombre...



Pájaros, que voláis por la arboleda
y que el río saltáis de orilla á orilla;
hacia esa cruz, donde ni el nombre queda,
pero donde una historia oculta brilla;
hacia esa cruz, que señalando al cielo
viene á tender sobre el pasado un velo,
¡las alas dirigid! ¡Besad la yedra,
que de la cruz engrana los retazos!
¡Paráos en los brazos!
¡Girad, cantad, sobre la cruz de piedra!

EL DOLOR

(A Félix Limendoux.)

Dolor: á fuerza de vivir contigo,
ya para mí tan familiar te has hecho
como debe de ser para el mendigo
la dura piedra que eligió por lecho.
Buitre insaciable, bárbaro castigo,
hundes la garra en nuestro débil pecho,
y en toda la extensión de lo creado
no hay nada más temido y venerado.

¿Dónde un poder que iguale á tu grandeza?
Ni las recias murallas seculares,
ni las rocas dechado de firmeza,
vencedoras del tiempo y de los mares.
La ciencia acaba donde tu obra empieza;

la religión te lleva á los altares;
todo lo rindes á tu ley tirana,
gran dictador de la progenie humana.

De Grecia y Roma en los lejanos días,
en las hondas tinieblas medioevales,
de París en las trágicas orgías,
en las protestas del trabajo actuales,
al son de tus salvajes armonías
bañan la tierra en lluvias torrenciales,
como una larga inundación sin pausa,
las lágrimas vertidas por tu causa.

Todo tus alas negras lo han rozado.
Tuya es la almohada en que la faz reclina,
abriendo á cuantos llegan el mercado,
triste mujer de carne alabastrina.
Tuyo es el campo con sudor regado,
y el taller y la fábrica y la mina.
Tú en la guerra brutal cantas tu endecha,
tú al labrador malogras la cosecha.

Tú á las madres los hijos arrebatas,
alejás del amante sus amores,
y á las hermosas vuelves más ingratas

con sus más desprendidos amadores.

A tu sabor la humanidad maltratas,
tiendes á la honradez lazos traidores,
y entregas á la muerte destruídos
todos los seres que nos son queridos.

Bajas del alma á refrenar el vuelo,
pones un torcedor en la conciencia,
y enmudeces la risa, don del cielo
que al hombre de los brutos diferencia.
Del misterioso amor rasgas el velo,
hundes la ingenuidad en la experiencia,
y en todas partes á la paz ofendes,
siembras el llanto y la blasfemia extiendes.

Nadie puede librarse del combate.
¡Tú eres justo, oh, dolor! Con igual brío
en su palacio atacas al magnate
y al triste obrero en su rincón sombrío.
Nadie en tu cárcel soñará el rescate,
nadie osará domar tu poderío;
todo lo quiebras por la misma altura,
la gloria y la riqueza y la hermosura.
¡Tú eres justo, oh, dolor, pero tremendo!

Rudo á veces, á veces voluptuoso,
al placer abandonas el estruendo
y buscas el silencio y el reposo.
Despierta el odio tu poder horrendo,
pero el odio te mira respetuoso;
¡los siervos que lloraron sus rigores
van al tirano á coronar de flores!

Rendirá el hombre á su ambición osada
las olas y los recios temporales,
pasando en paz bajo la mar airada
por florestas de perlas y corales.
En la región del viento dilatada
corrientes le darán los vendabales;
para saltar de un mar al mar vecino,
entre las peñas se abrirá camino.

¡Mas no hallará para el dolor un freno,
ni habrá jamás quien del dolor prescinda!
¡No hay olas que le abismen en su seno,
ni terremoto que sus cumbres rinda!
¡Ay! ¡Cada vez que al corazón sereno
nueva enseñanza con sus golpes brinda,
al tiempo que reciben sus lecciones

le maldicen también los corazones!

No hay más que dos eternas majestades,
la Muerte y el Dolor. ¡Paso á sus iras!
¡Ellos son las dos únicas verdades
en tan larga cadena de mentiras!
Rinden á su poder pueblos y edades;
las lágrimas arrancan de las liras;
la muerte al hombre su camino advierte,
le hace el dolor ambicionar la muerte.

.

Ven, alma mía, hermosa compañera,
ven de mis ojos á secar el llanto;
más que el deseo, el corazón te espera.
¡Más que el deseo, que te espera tanto!...
¡Gocemos, que vendrá la muerte fiera!
¡Gocemos, que aun hay horas de quebranto!
Sin la muerte, la vida ¿qué sería?
Sin el dolor ¿qué fuera la alegría?

ÍNDICE

	Págs.
Para los pobres.....	7
La verja.....	19
Himeneo.....	25
Los soldados.....	33
Nidos y tronos.....	37
La florista.....	41
Á Joaquín Dicenta.....	49
Aberración.....	51
El Ángel Caído.....	53
Marina.....	57
Judas.....	61
Kasida.....	63
El ambiente.....	65
La cruz de piedra.....	67
El dolor.....	71